

CAPÍTULO 1

ELIMINACIONISMO, NO GENOCIDIO

Harry Truman, trigésimo tercer presidente de Estados Unidos, fue un asesino en masa. Ordenó dos veces el lanzamiento de bombas nucleares contra ciudades japonesas. La primera, una bomba atómica, explotó sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945, y la segunda, una bomba nuclear, fue detonada sobre Nagasaki el 9 de agosto. Truman sabía que cada una de ellas mataría a decenas de miles de civiles japoneses que no tenían relación directa con operaciones militares de ningún tipo, y que no suponían una amenaza inminente contra los estadounidenses. En efecto, Truman decidió extinguir las vidas de aproximadamente 300.000 hombres, mujeres y niños. Al enterarse de que la primera bomba había aniquilado Hiroshima, Truman parecía exultante, y anunció: «Esto es la cosa más grande de la historia»¹. A continuación volvió a repetirlo en Nagasaki, con una segunda *cosa más grande*. Es difícil entender cómo cualquier persona en su sano juicio podría dejar de calificar de *asesinato de masas* la matanza de japoneses inofensivos.

La gente, sobre todo los estadounidenses, ha ofrecido muchas justificaciones y excusas para el asesinato masivo de Truman. Que era necesario para acabar la guerra. Que era necesario para salvar decenas de miles, e incluso cientos de miles, de vidas estadounidenses. Pero como a la sazón Truman sabía, y como le dijeron sus consejeros, incluidos sus asesores militares, *antes* del bombardeo de Hiroshima, ninguna de esas justificaciones era cierta². Dwight Eisenhower, por entonces comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa, y que pronto se convertiría en presidente de Estados Unidos, lo explicaba así: «Durante su exposición de los hechos relevantes [sobre los planes para emplear la bomba atómica], tuve conciencia de un sentimiento de depresión, de forma que le manifesté [al ministro de la Guerra, Henry Stimson] mis graves recelos, en primer lugar sobre la base de mi convicción de que

Japón ya había sido derrotado, y de que lanzar la bomba era completamente innecesario, y en segundo lugar porque yo pensaba que nuestro país debía evitar conmocionar a la opinión mundial con el empleo de una bomba cuya utilización ya no era, a mi juicio, necesaria como medida para salvar vidas estadounidenses. Yo estaba convencido de que Japón estaba, en aquel mismo momento, buscando alguna forma de rendirse “salvando la cara” en la medida de lo posible»³.

Truman, en su comunicado de prensa donde informaba al pueblo estadounidense de la aniquilación de Hiroshima, ofrecía la primitiva lógica de la represalia: «Los japoneses comenzaron la guerra desde el aire en Pearl Harbor. Les hemos devuelto la moneda con creces»⁴. A pesar de estas justificaciones, lo mejor que puede decirse en favor de Truman, en favor de aquellos estadounidenses (el 85 por ciento en agosto de 1945) y ciudadanos de otros países que apoyaron sus asesinatos en masa, y en favor de aquellos que han sido embaucados por los tambores de la autoexculpación, llegando a creer que la matanza fue justa (en 1995, el 72 por ciento de los estadounidenses de entre cincuenta y sesenta y cuatro años de edad, y el 80 por ciento de entre los de sesenta y cinco o más años de edad), es que él y ellos, gente por lo demás no malvada, perpetraron o apoyaron aquel doble horror debido a información o razonamientos erróneos, a la ceguera moral o a unos corazones endurecidos tras años de guerra⁵. Incluso visto bajo esta luz favorecedora nada puede cambiar lo que hizo Truman.

¿Y si Adolf Hitler hubiera lanzado una bomba nuclear contra una ciudad británica o estadounidense? ¿Y si durante la crisis de los misiles de Cuba Nikita Krushev hubiera reducido Miami a cenizas? ¿No calificaríamos esos actos de asesinatos en masa, aunque en el caso de Hitler se habría hecho además con la superficial excusa de que se trataba de una operación militar y no el asesinato en masa de personas no combatientes? En el caso de Hitler, apuntaríamos de forma destacada su acto en su largo libro mayor de maldades. ¿Por qué tendría que ser diferente el exterminio al por mayor por parte de Truman de tantos hombres, mujeres y niños?

¿Y si los japoneses no se hubieran rendido unos días después del bombardeo de Nagasaki, y Truman hubiera procedido a aniquilar otra ciudad japonesa? ¿Y luego otra? ¿Y otra? ¿Y otra? ¿En qué momento la gente habría dejado de buscar excusas? ¿En qué momento todo el mundo habría empezado a hablar claramente de sus asesinatos en masa? ¿Por qué la sucesiva aniquilación nuclear de la población de, pongamos, cinco o diez ciudades japonesas se consideraría un asesinato masivo —e indudablemente lo habría sido—, pero la matanza de los japoneses de *sólo* esas dos ciudades no?



Hiroshima tras el asesinato de masas.

¿O qué habría pasado si los estadounidenses hubieran conquistado unas cuantas ciudades japonesas, hubieran detenido su avance y hubieran procedido a fusilar a 140.000 civiles japoneses, hombres, mujeres y niños (la cifra de los que murieron inmediatamente o a causa de sus heridas a los pocos meses debido al bombardeo atómico de Hiroshima), explicando a los líderes y al público de Japón que sólo la rendición habría evitado más matanzas en masa? ¿Habrían justificado igualmente los apologistas de Truman ese asesinato de masas más convencional como un acto militar y moralmente necesario? ¿Y si tres días después Truman hubiera ordenado a los soldados estadounidenses fusilar a otros 70.000 hombres, mujeres y niños japoneses de una segunda ciudad? ¿No llamaríamos a tales matanzas asesinatos en masa? Salvo por la diferencia tecnológica entre 210.000 balas y dos bombas nucleares (las bombas nucleares destruyeron además las ciudades mismas, y sucesivamente provocaron al menos otras 60.000 muertes, debido a la contaminación radiactiva y a otras heridas), es difícil concebir que, a la hora de dictaminar si cada uno de ellos constituye un asesinato de masas, estos dos escenarios se diferencien de algún modo conceptual o fácticamente significativo. William

Leahy, jefe de Estado Mayor de Truman, almirante de la Armada, abominaba del empleo del armamento nuclear contra los japoneses, y no sólo porque «los japoneses ya estaban derrotados y dispuestos a rendirse». Leahy explica: «Mi propia sensación era que al ser los primeros en usarlo, habíamos adoptado un estándar ético digno de los bárbaros de la edad de las tinieblas. A mí no me enseñaron a hacer la guerra de esa forma, y las guerras no pueden ganarse aniquilando a mujeres y niños»⁶, porque eso no es una guerra sino un asesinato de masas.

Empiezo por la aniquilación masiva de los japoneses por parte de Truman para señalar lo deficiente que es nuestra forma de entender el asesinato de masas a gran escala. La matanza intencionada de más de un cuarto de millón de personas, a la vista de todo el mundo, debería ser universalmente reconocida por lo que fue, dando lugar a que se aplicara al nombre de Truman la etiqueta de «asesino de masas». Los japoneses, la gente de otros países en cierta medida y sobre todo los críticos de Estados Unidos sí creen eso del empleo de las armas nucleares por parte de Truman. Pero en Estados Unidos y en los pasillos del poder se niega o se ignora. El hecho de que la incineración nuclear de las poblaciones de Hiroshima y Nagasaki por parte de Truman no esté incluida de forma invariable y destacada entre los asesinatos de masas de nuestro tiempo nos señala uno de los problemas graves —además de la veracidad— que ofuscan nuestro entendimiento: el problema de la definición. ¿Cómo deberíamos definir el asesinato de masas de forma que no podamos malinterpretarlo?

¿Por qué los actos de Truman no han sido universalmente percibidos y condenados por lo que fueron? Para los estadounidenses, el problema de afrontar los crímenes de su propio país y de sus compatriotas es real. La mayoría de los pueblos tienen imágenes embellecidas de sí mismos que ocultan las imperfecciones, retocan las cicatrices y las llagas abiertas en los autorretratos de sus naciones, de sus pasados y de ellos mismos. Los estadounidenses, los turcos, los japoneses, los polacos, los rusos, los chinos, los franceses, los británicos, los guatemaltecos, los croatas, los serbios, los hutus y un sinnúmero de otros pueblos son incapaces de reconocer en ellos mismos, en sus propios países o en sus compatriotas la fealdad que ven con facilidad en los demás. ¿Cómo podemos establecer criterios generales apropiados que proporcionen a la gente una visión más exacta de sí mismos?

Los estadounidenses y otros no consiguen ver estos crímenes estadounidenses contra los japoneses ni hablar honestamente de ellos por otros motivos. La dificultad de definir adecuadamente el asesinato de masas o el genocidio se ve agravada por la incapacidad general de dife-

renciar la definición de otras dos tareas esenciales: la explicación y la evaluación moral.

Mucha gente, sobre todo los estadounidenses, *siente* que no está bien, y que resulta ofensivo, dar el mismo trato a Truman que a Hitler, a Josif Stalin, a Mao Zedong y a Pol Pot. ¿Por qué? Estos cuatro últimos asesinos fueron monstruos en toda regla. Eliminaron a millones de personas porque consideraban basura humana a determinadas personas, u obstáculos para su poder o para sus metas milenaristas o imperiales. Truman, sin embargo, no fue un monstruo de ese tipo. Mientras que los asesinatos en masa de esos monstruos eran una expresión orgánica de sus inveteradas ideas racistas o ideológicas y de sus aspiraciones políticas, el asesinato de masas de Truman fue accidental, debido a una confluencia de circunstancias que él mismo habría preferido que nunca se hubiera producido. Mientras que aquellos monstruos planearon, e incluso anhelaron, matar a millones, y crearon instituciones explícitamente para esos cometidos, Truman se habría alegrado de que la historia hubiera tomado otro rumbo. Mientras que cada uno de aquellos monstruos mataba como parte integrante de su utilización del poder, lo hizo durante la mayor parte del tiempo que estuvo en el poder y habría seguido haciéndolo si hubiera seguido en el poder, Truman mató en un escenario muy específico, en el contexto de una guerra brutal y extremadamente destructiva que Japón desencadenó contra Estados Unidos, empezando con un ataque por sorpresa en Pearl Harbor contra la flota estadounidense del Pacífico. Tras destruir gran parte de Hiroshima y Nagasaki, Truman se detuvo. Cuando uno mira a cada uno de los otros cuatro no es difícil concluir que, si el término es aplicable a los seres humanos, cada uno de ellos era un monstruo. Cuando uno mira a Truman ve a un hombre, por lo demás convencional, que cometió actos monstruosos.

Y sin embargo, ninguna de esas distinciones se ciñe a la *definición* de asesinato en masa. Ninguna sugiere que la *naturaleza* de los actos de Truman y de los de los otros cuatro sea diferente. Cada distinción, más bien, se refiere o bien a las diferencias de los motivos por los que actuaron los cuatro monstruos y Truman, o bien a cómo deberíamos evaluar moralmente a los cuatro y a Truman. Ninguna consigue que el asesinato deliberado de los niños japoneses de Hiroshima y Nagasaki por parte de Truman sea un acto menos homicida de masas que el asesinato deliberado de niños judíos, ucranianos, chinos o camboyanos por Hitler, por Stalin, por Mao o por Pol Pot.

Es probable que esta incapacidad de distinguir entre definir un acto, explicarlo y juzgarlo moralmente lleve a muchos a resistirse a po-

ner a Truman en el banquillo junto a los mayores monstruos de nuestra época. No obstante, parece claro que Truman debería haber comparecido ante un tribunal para responder de sus actos. Puede debatirse cuál habría sido el juicio y la sentencia —comparados con los de los otros cuatro— de tal tribunal. Truman no fue ni un Hitler, ni un Stalin, ni un Mao ni un Pol Pot. En ese sentido, las valoraciones intuitivas de la gente son acertadas. Pero eso no debería impedirnos considerar sus actos como lo que son.

La dificultad de mantener la distinción entre las tres tareas (la definición, la explicación y la evaluación moral) hace más confusas las consideraciones sobre el asesinato de masas. La pasión por atribuir la censura, la culpa o la responsabilidad moral resta importancia a los otros dos cometidos, normalmente más sosegados. Ocurre constantemente en las discusiones sobre el Holocausto, el nombre dado a la aniquilación de los judíos europeos por los alemanes. Si no debe juzgarse del mismo modo a Truman que a Hitler, entonces sus actos, como reza la cadena de pensamiento defectuosa y retrógrada, no podrían ser iguales. De modo similar, si sus actos no pueden explicarse de la misma forma, entonces no pueden ser de la misma naturaleza. Hitler asesinaba a los judíos porque era presa de una ideología, de una fantasía, que sostenía que los judíos eran la fuente de los males de este mundo. Truman, que no obedecía a ninguna fantasía de ese tipo, aniquiló a los japoneses de Hiroshima y Nagasaki por otras razones, aunque no del todo claras: puede que fuera su convicción de que era una forma justa de acelerar el final de la guerra (aunque, como Truman sabía, la matanza no era necesaria para acabar la guerra de inmediato), o puede que fuera para demostrar el poderío estadounidense a los soviéticos ante la emergente confrontación de la guerra fría. Pero estas distintas explicaciones no implican que una matanza sea un asesinato de masas y la otra no.

De hecho, podemos calificar la aniquilación de la población de Hiroshima y Nagasaki por parte de Truman de asesinato de masas, y a la persona de asesino de masas, poniendo a Truman y sus actos en la misma categoría genérica que Hitler y el Holocausto, que Stalin y el *gulag*, que Pol Pot, que Mao, que Saddam Hussein, que Slobodan Milosevic y sus víctimas, sin dar la misma explicación para los actos de Truman que para los de los demás, y sin juzgar que moralmente sean equivalentes.

Como sugiere el ejemplo de Truman, debemos poner fin a una legión de falacias y autoengaños que han enturbiado los hechos y ofuscado nuestro juicio. Debemos consultar las lentes correctoras de los demás. Debemos contemplar los asesinatos en masa empleando criterios imparciales. Debemos mantener diferenciadas las tareas de la defini-

ción, que exige especificar qué es lo que estamos examinando; de la explicación, que requiere aclarar las razones por las que se producen los acontecimientos y por las que actúa la gente; y de la evaluación moral, que precisa que juzguemos el carácter de los hechos y la culpabilidad de los actores. Debemos enfocar el fenómeno con la voluntad de examinarlo de forma sistemática y desde el principio.

LOS SERES HUMANOS Y EL ASESINATO DE MASAS

Nuestra investigación de los asesinatos en masa comienza con preguntas básicas: ¿es fácil o difícil conseguir que la gente mate a sus semejantes, incluso a los niños? Algunos afirman que, si se da la oportunidad, todo el mundo, o la mayoría de la gente, mataría de buena gana a los demás. Otros dicen que los seres humanos consentirán en matar a otros simplemente porque reciben la orden de hacerlo. Y otros sostienen que las personas que se ven sometidas a una presión psicológica social para que maten, generalmente lo harán, o que la propaganda puede convertir rápidamente, casi de inmediato, a cualquiera en verdugo de masas de cualesquiera hombres, mujeres, e incluso niños. Cada uno de estos puntos de vista tiene sus versiones eruditas y «de sentido común» o populares. ¿Están en lo cierto?

¿Son todos los adultos, o la mayoría de ellos, potenciales asesinos en masa, exterminadores masivos de niños, que simplemente aguardan que se les pida matar? ¿O hace falta que le ocurra algo profundo a las personas para que perpetren matanzas en masa? ¿Son protogenocidas todos o la mayoría de los Estados, todas o la mayoría de las sociedades, en el sentido de que pueden fácilmente ser empujadas a cometer un genocidio? ¿O sólo algunos están preparados para ser fácilmente incitados a la matanza? ¿Por qué nuestra época, de progreso tecnológico, económico e innegablemente moral, ha asistido a tantos asesinatos masivos?

El fundamento para responder a estas preguntas aparentemente sencillas es, a su vez, una exploración de los aspectos críticos de la naturaleza de los seres humanos, de las sociedades modernas y de sus culturas y Estados, y de los asesinatos en masa.

Cualquier indagación seria sobre el asesinato de masas debe rechazar dos conceptos muy difundidos. El primero consta de varios conceptos interrelacionados: que las acciones de la gente están *determinadas* por fuerzas externas; que las personas tienen poca o ninguna influencia sobre la forma en que actúan; que el libre albedrío es una ilusión. Sin embargo, si las fuerzas o las presiones determinaran los actos de la